

LOS DIOSES ASTRONÓMICOS DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS.

APÉNDICE

Á LA INTERPRETACIÓN DEL CÓDICE BORGIANO.

ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

POR ALFREDO CHAVERO.

INTRODUCCIÓN.

NACE la cultura nahua, allá en épocas remotísimas, en la región de las casas grandes, que se extendía desde el territorio que forma hoy nuestra frontera noroeste, hasta el centro del de Nuevo México.

Las casas grandes son de tres, cuatro y aun de cinco ó seis pisos. El primero es completamente cerrado, y sirve de muralla: en su azotea se levanta el segundo piso, dejando en el primero un terrado de algunos pies, para que sirva de entrada: ésta se hace por puertas disimuladas, y por medio de escaleras de mano que se retiran á voluntad: igual procedimiento se sigue en la construcción de cada piso superior. La casa grande estaba habitada por una reunión de familias, que constituían ya una tribu. El jefe de la tribu era el soberano, y al mismo tiempo el gran sacerdote. En el centro de la casa estaba la estufa, en la cual ardía constantemente el fuego sagrado.

La casa grande servía en primer lugar de abrigo y habitación á la tribu; en segundo lugar, de fortaleza: por eso estaba cerrada y sus pisos dispuestos en escalones para la defensa. En ella se practicaba además el culto de los dioses, y era el sumo sacerdote el jefe. En la estufa encontramos el culto del fuego. En la noche el sacerdote observaba, de lo alto de la azotea, los astros; y tribus agrícolas las habitadoras de esas casas, observaban también la marcha del sol. Así debía nacer en ellas necesariamente una religión astronómica.

Si los nahuas habían traído de remotas regiones ideas ajenas, no lo sabemos; pero en la de las casas grandes, en donde desarrollaron su cultura, ésta toma un carácter completamente autóctono y diferente de cuanto la Historia nos da á conocer en otros países. Esta cultura propia se distingue por una aritmética propia, por una cronología especial basada en esa aritmética, y por una teogonía esencialmente astronómica de donde se formó la cronología, y que está íntimamente ligada con ella y con la aritmética. Sobre estas tres bases, la aritmética, la cronología y la teogonía astronómica, fundan todos nuestros antiguos pueblos su existencia social. Sus costumbres, desde las públicas y oficiales hasta las más íntimas de la familia, se basan en ellas. En los asuntos de gobierno, como en las decisiones judiciales, los términos son rigurosamente aritméticos. Lo mismo pasa en los duelos de las familias y en los períodos del viaje de los muertos. En los jeroglíficos de sus peregrinaciones, substituyen á la verdad del tiempo transcurrido en sus estancias en los diversos lugares por donde pasaban, un cómputo convencional esencialmente aritmético y cronoló-

gico. Lo mismo los grandes acontecimientos sociales, como la consagración de un rey, que los privados de la familia, como el matrimonio ó la dedicación del recién nacido, se subordinaban á esa aritmética cronológico-teogónica. ¿Qué más? Toda la ornamentación de sus edificios, muebles y utensilios es representación de esa cronología astronómica. Respecto de los pueblos que podemos llamar cultos, cuyas ruinas y objetos de uso abundan, no cabe en esto la menor duda: por inducción lógica debíamos establecer que tales hábitos habían nacido desde las casas grandes. No se habían encontrado, sin embargo, vestigios directos que lo probaran. Hoy ya tenemos la prueba. De las casas grandes de Janos trajeron al Presidente de la República una hermosísima olla, que tuvo la bondad de regalarnos, cuya ornamentación es claramente aritmético-cronológico-astronómica.

Ahora bien: si suponemos que tomamos cuatro casas grandes, colocando cada una de ellas en la dirección de uno de los cuatro vientos, y que las unimos por sus esquinas, nos resulta la forma de la pirámide mexicana, la del gran templo de Huitzilopochtli. La pirámide, si ya no sirve para habitación, porque los pueblos han alcanzado en su desarrollo la vida de ciudad, conserva sin embargo los otros tres objetos de la casa grande: es la fortaleza, es el santuario, y es el observatorio astronómico.

De todo esto se deduce sin disputa, que es imposible conocer verdaderamente nuestra Historia antigua, si no se estudia profundamente la cultura autóctona de los nahuas, en su aritmética, en su cronología, y en su teogonía astronómica. Todas las costumbres privadas, toda la vida pública, oficial y religiosa, y aun los acontecimientos históricos, se explican sencillamente entonces.

No desconocieron los indios la importancia de ésto, y en numerosos códices, de los que varios han llegado hasta nosotros, consignaron esta parte autóctona de su cultura, que seguiremos llamando aritmético-cronológico-astronómica. Uno de ellos, acaso el más notable, es el llamado Borgiano, cuya explicación dió el jesuita Fábrega. Publicado por Lord Kingsborough, últimamente ha sido reproducido con entera exactitud y sin los errores de la edición de aquél, por el Sr. Duque de Loubat, benemérito de nuestras antigüedades, según nos avisa en carta de hace pocos días.

Este precioso Códice es, sin duda, la más hermosa y más interesante pintura que nos haya quedado de la antigua México, y está reproducido en el Kingsborough en setenta y seis páginas. Es un Calendario civil, ritual y astronómico, portento de la ciencia de los antiguos mexicanos. Se ignora quién lo llevó á Europa. En Roma solamente pudimos saber, que una vez jugaba con él y lo estaba quemando, un niño hijo del conserje del palacio del príncipe Justiniani, sin que se supiera de dónde lo había tomado. El príncipe lo recogió, y hacia fines del siglo pasado lo adquirió el cardenal Borgia, y formó parte de su museo en Velletri, en donde lo vió el Barón de Humboldt. Más tarde pasó á la Propaganda Fide de Roma: allí se conserva, y allí lo examinamos. Es una banda larga de piel gruesa, preparada con arcilla blanca, de veinte y cinco y medio centímetros de ancho, doblada en forma de biombo y pintada por ambos lados. Abierto presenta dos ó más páginas para leerse donde se necesita; y extendido, aparecen treinta y ocho páginas por lado: en todo setenta y seis. Plegado el Códice forma un libro cuadrado de catorce pulgadas y media por tres de altura.

Al hacer Fábrega la explicación de este Códice, sorprendió ciertamente muchos de los portentosos secretos cronológicos de los mexica, que tanto asombro pusieron en el ánimo del Barón de Humboldt. No hizo lo mismo en la parte teogónica, pues tiempos fueron los suyos en que aún no se podían desprender los escritores de las preocupaciones religiosas, que los llevaban fatalmente á buscar en todo concordancias con el relato bíblico. Además, la ciencia analítica de las mitologías no se había desarrollado por entonces; ni tuvo aquel intérprete más objeto que la exposición de la cronología, consignada en los jeroglíficos de ese Códice.

Llevar á cabo lo que dejó de hacer Fábrega, es la intención de este estudio. Desde hace algunos años nos dedicamos á investigar tan interesantísima parte de nuestras antigüedades, completamente abandonada por nuestros historiadores. Ocurrióse nos desde entonces, que los sacerdotes mexica, como los de los otros pueblos de la antigüedad, guardaban en sus santuarios los secretos de su religión, y no se los comunicaban al pueblo. De aquí se deducía, que los relatos de los primeros cronistas debían conservar la religión de los mexicanos, tal como la conocía el pueblo que á ellos la había comunicado; y que la verdad solamente podría encontrarse en las pinturas sagradas que se guardaban en los templos. La tradición popular, sin duda, serviría mucho para explicar esas pinturas; pero había necesidad de estudiarlas profundamente, si se quería conocer siquiera una parte de la verdad. Nuestros estudios, como primeros en esa senda, debieron necesariamente ser muy defectuosos; y nuestras ideas tuvieron que irse modificando, según esos estudios iban siendo mayores. No podemos tener la pretensión de haber alcanzado un éxito completo en ellos: al contrario, creemos que son todavía insuficientes; y los presentamos como un simple ensayo.

Sí hemos llegado á la convicción, de que la teogonía mexica es esencialmente astronómica, y que tiene un carácter especial y autóctono. No negamos que acaso varias emigraciones le trajeron ideas ajenas; pero en el estado en que la encontró la Conquista, las ideas nahuas dominaban de una manera absoluta, en todos los pueblos que vivían en el que ahora es nuestro territorio. Todavía más: las ideas religiosas fueron el gran elemento de los acontecimientos históricos de aquellos pueblos; y nadie ignora la influencia directa que tuvieron en hacer, no sólo posible, sino fácil la Conquista.

Creemos por lo mismo, que no será del todo estéril el estudio que ahora presentamos como Apéndice del admirable libro de Fábrega.

Alfredo Chavero.

